

El camino y sus paisajes

Pedro Armas Diéguez

Universidade da Coruña

LA PERCEPCION DEL PAISAJE

Frecuentemente al geógrafo se le pide una *descripción del paisaje*, una fotografía del mismo. Se dan por supuestos la falta de compromiso del fotógrafo y el carácter estático del motivo. Descartemos ambas premisas al encadenar unos párrafos geográficos sobre un «camino» (¿hay algún concepto que sugiera más dinamismo?) y un espacio, un entorno, sentido y percibido, más que objetivo o funcional (¿quizás por ello en gallego «paisaxe» sea un término femenino?).

Efectivamente, el espacio constituye el objeto esencial de estudio para los geógrafos. Pero, «*espacio*» es un término en sí mismo polisémico, significa nada menos que «medio universal en el cual se localiza o puede localizarse la materia». El espacio geográfico como tal resulta sólo algo más preciso, pues alude al «marco en el cual son desarrolladas las acciones humanas». A menudo los geógrafos estudiamos por separado el espacio «natural», «geofísico» o «fisiográfico» y el espacio «humanizado», «antrópico» o «social». Se trata de una distinción académica, en aras de una pretendida especialización. En la realidad ambos espacios se funden

(obsérvese, a modo de ejemplo, la sustitución de la cachotería de pizarra, de «xisto», por la de granito en las casas a lo largo del Camino; la naturaleza y el hombre van de la mano).

En un mundo cada vez más «globalizante» resulta complicado diferenciar espacios limítrofes, «poner muros al campo», sobre todo cuando nos referimos a una vía que los corta transversalmente. En Camino constituye un *espacio excepcional* (en la línea del excepcionalismo geográfico acuñada por Schaefer, 1953). Sin embargo, en la actualidad no cabe el reduccionismo de analizarlo como un elemento aislado, de un modo inductivo, más o menos pictórico. Las actuaciones del hombre sobre el espacio responden a unas leyes relativamente lógicas -lo cual no quiere decir acertadas-, universales, en buena medida uniformizantes. Se requiere, pues, un planteamiento deductivo, que nos permita ser más analíticos y encuadrar la realidad en procesos generales.

Podemos arrancar con la siguiente cuestión teórica: *¿el espacio del Camino es una construcción intelectual o, por el contrario, una realidad con vida propia?*. Probablemente cada peregrino tendrá su respuesta al respecto. Desde el punto de vista geográfico la contestación puede variar mucho según uno adopte criterios homogeneizantes o heterogeneizantes, es decir, según pretenda destacar las similitudes o marcar las diferencias. Al atravesar el Camino la Galicia interior, esencialmente rural, los criterios de polarización resultan menos determinantes de la articulación espacial.

De cualquier modo, no podemos ignorar la *delimitación administrativa* del territorio. El Camino atraviesa una serie de municipios. Algunos de ellos en su nacimiento plantearon problemas de delimitación. No obstante, el paso del tiempo y la aplicación de la capacidad de gestión de los recursos terminan siempre por superimponerse como factores de homogeneización socioespacial respecto a la muy diversificada casuística local.

Aunque la comarca y la parroquia sean espacios «muy sentidos», los «*concellos*» constituyen células básicas de identificación y, sobre todo, unidades con capacidad de intervención directa en el territorio, puesto que a través de ellos se gestiona dinero y poder. Por eso, los tendremos en cuenta.

Las *comarcas* son ámbitos espaciales de gran arraigo popular y a la vez elementos de la actual ordenación territorial de Galicia, en la búsqueda de unidades operativas a la hora de corregir desequilibrios intrarregionales (dotaciones de servicios, red de comunicaciones, etc.). Por otro lado, el municipio representa para la comarca lo que la provincia para la región. Esto es, una entidad político-administrativa menos sentida socialmente, pero con más poder de actuación y mejor información de base. Información que utilizaremos en este caso sin recargar el texto con datos estadísticos o complejas fórmulas matemáticas, propios de modelos neopositivistas de análisis que no concuerdan con el carácter romántico e idealista del Camino.

Va quedando clara la idea de que el paisaje no se halla exclusivamente configurado por los elementos bioecográficos. En una región poblada desde antiguo prácticamente no quedan paisajes naturales en sentido estricto. El hombre no sólo forma parte del paisaje geográfico, sino que es el elemento clave de las transformaciones en el mismo. La realidad nos presenta un espacio en torno al Camino compartimentado en entidades administrativas, donde la capacidad de gestión, el «poder político», es el factor más determinante para que la suma de las partes constituya un todo. A las *unidades territoriales políticas* les corresponden unas unidades territoriales físicas, que cuanto más fuertes sean sus respectivas capacidades de gestión, no tanto en amplitud como en intensidad, más se van diferenciando de las unidades vecinas. Esto no implica que tales unidades funcionen de un modo autárquico, pues a la vez se trata de unidades dependientes de otras superiores, incluso muy lejanas y difícilmente perceptibles. Es decir, la geografía del Camino depende cada vez más de *factores exógenos*, que trataremos de explicar brevemente. Como es obvio, tampoco implica que otros factores no políticos (lazos mercantiles, lingüísticos, religiosos, culturales en general, etc.) se circunscriban a sus límites administrativos, ya que suelen desbordarlos.

Desde el momento en que el pensamiento geográfico asimila la posible relatividad del espacio (Einstein, Planck, Heisenberg), se han multiplicado los *prismas para ver el paisaje*. Este no sólo se delimita a partir de postulados de la geometría euclidiana (que Humboldt había tomado de Kant). Hoy las nuevas técnicas de medición espacial (por ejemplo, la me-

cánica cuántica), tienden a incorporar nociones distintas y complementarias. Así, la distancia no sólo se mide en kilómetros o metros, también en términos de coste, tiempo, interacción social, percepción, conciencia de pertenecer a un espacio, etc..

El paisaje ha dejado de ser un «continente», un ámbito formal. Ha pasado a ser un *ámbito funcional*, que sirve de marco a todo tipo de flujos (información, bienes, capitales, personas ...). En él los límites quizás no sean tan importantes. El Camino lo demuestra. Sí lo son las redes de asentamientos, gobernadas por unos núcleos rectores (en este caso Becerreá, Sarria, Palas de Rei, Melide, Arzúa, Santiago), a su vez conectados a sistemas superiores. Por tanto, optaremos por analizar algunos de esos flujos, los que repercuten de modo directo en las transformaciones paisajísticas, en vez de describir el Camino paso a paso a quien está recorriendo el Camino paso a paso. Le ayudaremos a *entender el porqué de unos paisajes*. El qué es evidente.

Además de un paisaje objetivo (natural, histórico, funcional, administrativo), puede existir un *paisaje subjetivo*. Un cúmulo de conceptos, individuales o sociales, han de ser tenidos en cuenta en el momento de valorar las relaciones vivenciales, éticas y estéticas de los habitantes con su espacio cotidiano. Nociones como percepción, sensación o emoción resultan fundamentales para comprender las relaciones de «topofilia», «toponegligencia» o «topofobia» de los pobladores del Camino con su medio. La sangría migratoria, la elección de destinos, el retorno a la cabecera comarcal en vez de a la aldea, etc., tienen mucho de subjetivo y difícilmente encajan en las variables tipificadas de complejos modelos determinísticos (factoriales, de simulación u otros).

Por lo que respecta a la percepción del paisaje, la propia idea de recorrer el Camino para captar el comportamiento, los valores culturales de los grupos y las intenciones psicológicas de los individuos, así como sus tradiciones históricas, se asemeja mucho a los criterios que adoptan los geógrafos humanistas (Sauer, Hardy, Weber, Dilthey, Husserl, Heidegger, Schutz). Historicismo, existencialismo e idealismo pueden considerarse las bases filosóficas de este acercamiento. Se trata, ante todo, de una *actitud vital del observador*, que por *empatía* deja de serlo y se integra en ese paisaje vivido.

Debe tenerse presente que, además de un paisaje «observado», existe un *paisaje «sentido»*, percibido cotidianamente por unos habitantes que tienen conciencia de vivir en él. La aproximación al mismo, desde estos postulados humanistas, puede realizarse con criterios conductistas, behavioristas, existencialistas o idealistas, utilizando técnicas más cualitativas que cuantitativas (entrevistas en profundidad y fuentes literarias o históricas). En dicha línea, al geógrafo le interesa integrar empíricamente los llamados espacios horizontales o territoriales con los espacios verticales o psíquicos. Las motivaciones afectivas de los individuos, sus ritmos de comportamiento cotidiano, la estandarización de su conducta, los cambios en su calidad de vida, etc., han sido objetos de estudio de numerosos geógrafos (Sorre, Hellpach, Härgerstrand, Wright, Simon, Lynch, Lowenthal, Frémont, Bailly ...). Se trata de una forma muy antropocéntrica de ver el paisaje, sin duda muy atractiva para un recorrido por el Camino.

Ahora bien, el paisaje es cada vez más un «*producto social*», resultante de las relaciones de poder que tienen lugar sobre el territorio, aunque a menudo generadas a cientos o miles de kilómetros del mismo. Describir aquél como si éstas no existiesen no deja de ser un juego de falsa objetividad. La adopción de una postura radical en el análisis siempre es polémica, pero no olvidemos que el Camino cruza buena parte de la Galicia pobre, subdesarrollada, aunque bellísima.

LOS PAISAJES DEL PASADO

Ya hemos apuntado que casi no quedan paisajes naturales sensu stricto en Galicia. Y que no vamos a profundizar en una descripción física de las tierras atravesadas por el Camino. Pero no podemos prescindir del marco natural.

No cabe duda de que en O Cebreiro tenemos sensación de hallarnos en la *divisoria entre dos paisajes diferenciados*. Las altas sierras de Ancares y Courel separan dos mundos distintos en cuanto a naturaleza y formas de vida. Sin apenas transición, quien llegue desde la Maragatería y el Bierzo deja atrás los amplios horizontes, los páramos deforestados y erosionados, los campos de cereal, los resecos barbechos, los viñedos en las laderas

soleadas, las fértiles «riberas», los compactos pueblos de adobe, en suma, el rancio y ocre paisaje de las estribaciones meseteñas; para adentrarse en un paisaje caracterizado por la suavidad de las formas topográficas, la convexidad y compartimentación del relieve, la aparente anarquía del hábitat y del entramado parcelario, que configuran un puzzle donde predominan los tonos verdes de los bosques y prados, salpicados por minúsculas manchas negruzcas y luego rojizas pertenecientes a los tejados de cientos de aldeas dispersas.

También en O Cebreiro el paisaje nos explica por sí mismo otro de los tópicos regionales: el del secular *aislamiento*, que a la vez que marcaba los rasgos de identidad de toda Galicia, servía de guardián de magníficos tesoros culturales (etnográficos, lingüísticos ...).

En O Cebreiro se tiene la sensación de casi todo es viejo, partiendo de la orografía. Efectivamente, la morfología senil del relieve es el resultado de una *larga historia geológica*, cuya raíz hallamos en los movimientos orogénicos que durante el Herciniano (segunda mitad del Paleozoico) plegaron los materiales depositados en el fondo de un geosinclinal amplio, dotando a la cordillera que así nacía de una dirección armoricana (NO-SE). Sin embargo, ya a fines del Primario ese gran macizo montañoso aparecía en gran medida peniplanizado, corroído por los agentes erosivos. Durante el largo período de calma mesozoica, mientras otras tierras peninsulares sufrían los vaivenes de las transgresiones marinas, acumulando sedimentos, el viejo macizo galaico continuaba emergido, desgastándose; de ahí su pobreza edáfica. Cuando sobre ese conjunto de materiales rígidos actuó la orogenia Alpina (segunda mitad del Terciario), éstos se fracturaron, bascularon y desnivelaron, en un rejuego de horsts y fosas a gran escala, responsable de la actual compartimentación del relieve, evidente a lo largo del Camino, especialmente en las sierras orientales y en la llamada Dorsal Gallega (Faro, Farelo...), que actúa de límite entre la Galicia litoral y la interior. A acentuar la compartimentación colaboraron los cursos fluviales, que, ya durante el Cuaternario, se encajaron, aprovechando las líneas de debilidad del relieve (fallas y diaclasas), generando profundos valles, mientras en las más altas cumbres quizás el glaciario -siempre discutible en Galicia- se encargaba de pulir aún más la línea topográfica. El resultado es un relieve que desciende de E a O, a modo de peldaños de

escalera, rellanos de los sucesivos ciclos erosivos a que se vio sometido el viejo zócalo cristalino.

A veces las *explicaciones geológicas* parecen áridas para personas que se interesan por los aspectos humanísticos del paisaje. No obstante, permiten comprender muchos fenómenos sociales, etnográficos o antropológicos (por ejemplo, los materiales empleados en la construcción de viviendas rurales, el emplazamiento de los pueblos, etc.). Por ello, atendiendo a la *litología*, debemos retener al menos la división simplista de las dos Galicias que nos encontramos a lo largo del Camino: la paleozoica y sedimentaria, hasta las proximidades de Palas de Rei aproximadamente, y la cristalina y metamórfica, desde allí a Compostela, con diversas peculiaridades locales.

La división viene marcada por el eje del gran anticlinal en que quedó convertida la región tras el plegamiento herciniano. A la vez que tenía lugar el mismo, una gran masa magmática había ido subiendo desde el interior de la tierra y, en su ascenso, se fue enfriando hasta cristalizar, incrustándose en el anticlinal, a modo de un gran batolito granítico. Dicha masa de magma a medida que ascendía iba cambiando su estructura, pero también la de las rocas adyacentes, generando aureolas de rocas metamórficas (gneis, pizarras, esquistos). A fines del Paleozoico, el gran anticlinal había sido peniplanizado. Los agentes erosivos se encargaron de dismantelar los materiales que recubrían el batolito, haciéndolo aflorar. Sobre las raíces de esa vieja cordillera continuó actuando la erosión -por eso la línea de cumbres es tan suave- y los materiales denudados sirvieron de relleno de algunas cuencas interiores (depresión de Sarria por ejemplo).

Al ser los materiales tan poco plásticos, los posteriores movimientos orogénicos, alpinos, provocaron una *tectónica de fractura*, caracterizada por numerosas fallas, fosas y horsts, responsable de que los peregrinos hayan de esforzarse más en las continuas subidas y bajadas. Descendamos los peldaños de esa gran escalera.

El *primer gran escalón* (O Cebreiro a 1.250 metros) son las altas sierras orientales. Pedrafita, a 1.110 metros, constituye uno de los pocos pasos entre las macizas sierras de Os Ancares y O Courel hacia Castilla-León. Las sierras de Os Ancares y O Courel presentan una dirección dominante NE-SO (téngase en cuenta que el Camino las corta en sentido E-O).

En ellas las grandes fallas son visibles en el paisaje e incluso se pueden observar también algunos magníficos pliegues tumbados, testigos de la violenta tectónica que afectó a este viejo conjunto, que la disección fluvial ha rejuvenecido en parte, generando lo que los geomorfólogos llaman un relieve apalachense, en el cual los crestones, paralelos y aplanados, de materiales más resistentes (cuarcitas, areniscas, pizarras) sobresalen de las incursiones de calizas, dolomías, etc.. A la suavidad topográfica de las cumbres coadyuvan los fenómenos periglaciares (y, para algunos, hasta glaciares), que parecen actuar en cuanto se superan los 1.000 metros, aunque es ésta una explicación morfogenética discutible y discutida.

El *segundo gran escalón* es la Meseta Central, Penillanura Fundamental o Superficie de Chantada -por los tres nombres se la conoce-, sobre la que discurre el Camino por buena parte de la provincia de Lugo y en su entrada por la provincia de A Coruña. Se trata de la «hermana» de la penillanura premiocénica de la Meseta, encajada en los relieves residuales de la penillanura antigua, observables en las cumbres de las sierras orientales y de la Dorsal Gallega. Esta amplia superficie, ligeramente ondulada y con una altitud media de 450-600 metros, ha sufrido pequeños hundimientos tectónicos, que han dado lugar a depresiones o cubetas colmatadas por sedimentos miocénicos (la de Sarria, por ejemplo, con sus arcillas rojas y sus rañas). Sobre esa penillanura, apenas deformada, se ha instalado una red fluvial discordante, que constituye un claro ejemplo de antecendencia, es decir, los ríos principales, en vez de discurrir por las tierras bajas mencionadas, excavan profundos cauces, en ciertos tramos aprovechados para la construcción de embalses (Belesar).

El *tercer gran escalón* -y téngase presente que estamos simplificando una gradería más compleja e irregular- lo componen las montañas de la Dorsal Gallega. El Camino la atraviesa por un tramo relativamente bajo, entre Portomarín y Melide, puesto que sólo va flanqueado, a cierta distancia, por los Montes da Vacaloura (700-800 metros), antes de Monterroso, Costa da Bogarela, cerca de Antas, y los Montes do Bocelo, pasado Melide. La importancia de la Dorsal, más que de su altura, deriva de su papel como divisoria biogeográfica. Los ríos, en cuanto pasamos a su cara occidental, ya no discurren hacia la cuenca del Miño, sino hacia otros colectores atlánticos, como el Tambre y el Ulla. La Galicia interior va dando paso a una Galicia de transición hacia la Galicia costera.

Las sierras de la Dorsal, en el tramo atravesado por el Camino, son mucho menos imponentes. En ellas el nivel de cumbres (700-800 metros) da paso a la Superficie de Chantada (600 metros), de modo que la peniplanización domina los horizontes (por ejemplo, la llanada de Melide, con sus suelos arcillosos y sus gándaras). Sólo el encajamiento de la red fluvial ondula la línea topográfica, que en algunos tramos es cortada por picachos residuales de antiguas superficies de aplanamiento, que quedan en resalte por la erosión diferencial. Pese a su menor magnitud, estas sierras cumplen una importante función divisoria entre los paisajes gallegos, como ya mencionamos. Por otra parte, en ellas el granito y el gneis van sustituyendo progresivamente a las pizarras, si bien todavía hallamos importantes filones de rocas metamórficas.

El *cuarto gran escalón*, precisamente denominado «Escalón de Santiago», supone la reaparición de esa superficie de erosión que llamábamos Penillanura Fundamental. Se trata de tierras onduladas, inclinadas al oeste y limitadas por una enorme fractura meridiana que, desde Carballo a Tui, sirve de corredor de comunicaciones entre los principales núcleos urbanos de Galicia, con Santiago de Compostela como nodo central.

En síntesis, el Camino discurre preferentemente por espacios serranos. Sin embargo, excepto en el tramo de O Cebreiro a Triacastela, donde las sierras de O Piornal (1.250 metros), Chao da Serra (1.350 metros), O Rañadoiro (1.450 metros), O Oribio (1.450 metros) y Montes de Lóuzara (1.500 metros) impresionan por su masividad, al recorrerlo no se tiene sensación de «*alta montaña*» (entiéndase en el sentido alpino del término).

Como apunta Pérez Alberti (1981), en Galicia todo lo que no es valle es montaña. Así lo decide la compartimentación del relieve. Por ello, «montaña» carece de significado preciso. En cambio «*serra*» se reserva para las montañas que sobresalen suficientemente de las «*chairas*», aunque algunas tengan menos de 600 metros de altitud. Además en Galicia el término «*serra*» tiene connotaciones no sólo físicas, también humanas (despoblación, economía de subsistencia, marginalidad, etc.).

Si en un recorrido por el Camino el relieve se nos muestra como un elemento muy determinante del paisaje, el *clima* también lo es, aunque no vamos a detallar sus características exhaustivamente -pueden ser consultadas en cualquier libro de Geografía sobre Galicia-. Sí conviene llamar la

atención en cuanto a ciertos aspectos significativos, partiendo, en una primera aproximación, de que el Camino transcurre por comarcas de clima oceánico.

A medida que nos alejamos de las sierras orientales el clima va ganando en *moderación térmica*. Mientras en Pedrafita la temperatura media anual ronda los 8°, en Santiago se acerca a los 14°. Mientras en las montañas del interior la oscilación térmica anual supera los 15°, hacia el oeste se aproxima a los 10-12°. Mientras en las altas sierras el período de heladas puede durar de Octubre a Mayo, hacia poniente se reduce a los tres meses invernales.

Las *precipitaciones* también presentan una gradación de este a oeste. De los más de 2.500 mm. que caen anualmente en las altas cotas de Ancares y Courel se va pasando a los 1.000-1.500 mm. que reciben las comarcas de la meseta central (incluso menos en las depresiones), para recuperar los 1.500-2.000 mm. en las laderas occidentales de la Dorsal y a medida que nos acercamos a la comarca compostelana.

En suma, vamos atravesando comarcas con *clima oceánico de montaña* en las sierras orientales y en la Dorsal, comarcas con *clima oceánico continental* en las tierras de Sarria-Portomarín-Palas de Rei, comarcas de *clima oceánico de transición* hacia Melide-Arzúa y comarcas de *clima oceánico hiperhúmedo* a medida que nos acercamos a Santiago. Así pues, en función de la mayor o menor continentalidad, exposición a los vientos marinos y presencia o no de cordales montañosos (lluvias orográficas), se aprecian unos *microclimas* u otros. En resumen, los caracteres oceánicos más puros alcanzan hasta la Dorsal. Al ascender el «escalón de Santiago» (500 metros) el clima se hace más fresco (heladas nocturnas, frío invernal) y más lluvioso (en la cara de barlovento de la Dorsal suelen descargar las borrascas que no lo hicieron antes). Al este de la Dorsal, en la meseta central y en las cubetas, el clima se continentaliza. Los inviernos son rigurosos, las nieblas de irradiación frecuentes, las heladas prolongadas e incluso la sequía estival puede provocar déficits hídricos que deriven en procesos de aridez, debido a la escasa capacidad de retención de agua por parte de un suelo arenoso, con fuerte escorrentía, en el cual la evapotranspiración rápida conduce a sorprendentes fenómenos de aridez edáfica. Por último, en las sierras orientales es notorio el descenso térmi-

co, el alargamiento y recrudecimiento de los inviernos y el aumento de las precipitaciones, a menudo de nieve. En las comarcas montañosas conviene fijarse en aspectos como la mayor amplitud térmica entre el día y la noche, el contraste y el intercambio de brisas entre valle y montaña, las persistentes nieblas generadas por la evaporación de los encajados cursos fluviales, el efecto föhn y la importancia de la orientación de solanas y umbrías.

A lo largo del Camino, bajo tales condiciones climáticas, el *paisaje vegetal autóctono*, lo que los geobotánicos denominan el «bosque clímax», se compone esencialmente de especies caducifolias de tipo atlántico. Este bosque de frondosas ha sufrido una tala continua desde el momento en que el hombre necesitó abastecerse de madera y extender sus campos de labor, lo cual luego, con la sangría migratoria y el abandono de los terrazgos, repercutió en la proliferación de los eriales, matorrales y formaciones más o menos arbustivas. Simultáneamente el incremento de la demanda maderera ha incentivado las repoblaciones con especies foráneas de crecimiento rápido (pinos, eucaliptos), que se han adueñado de los paisajes boscosos, más cuanto más al oeste.

En las sierras atravesadas por el Camino todavía abundan las «carballeiras», donde reina el *roble o carballo* (*quercus robur pedunculata*), al que suelen acompañar castaños (*castanea sativa*), a veces configurando magníficos soutos; abedules o «bidueiros» (*betula berrucosa*), en los valles húmedos y fríos; algunas hayas (*fagus silvatica*), en ciertas umbrías de Os Ancares y O Courel (donde alcanzan su límite meridional y occidental); junto con una abundante vegetación ripícola (alisos, acebos, tejos, fresnos, sauces ...) y variadas formaciones arbustivas.

El *castaño* ya había entrado en Galicia con la romanización, en detrimento del robledal, por lo que prácticamente se le considera un árbol autóctono. Aquí halló la humedad suficiente y unos suelos ácidos adecuados para su expansión, que fue tal hasta los siglos XVII-XVIII, cuando se frenó con talas abusivas e incendios, si bien su retroceso vino marcado sobre todo por la plaga de «tinta» que le ha afectado desde mediados del XIX hasta la actualidad, de modo que, salvo en los soutos de las marginales montañas orientales y los bosquetes de la Ulloa, que cuentan con algunas masas forestales de mayor consideración, sólo quedan pies aislados salpicando el recorrido del Camino.

El *pino*, aunque no forma parte del bosque clímax, se ha convertido en un elemento característico del paisaje. Entró en Galicia durante el siglo XVIII por las Rías Baixas, pero ya en el XIX proliferaba por los valles de los cursos fluviales que vierten al Atlántico. En las primeras décadas del XX se expandió por las laderas occidentales de la Dorsal y, desde los años cuarenta y gracias a las indiscriminadas repoblaciones promovidas por el Patrimonio Forestal del Estado-ICONA, se le puede hallar en cualquier punto del Camino.

Puesto que soportan bien la pobreza edáfica e incluso la aridez estival, son diversas las especies de pino que encontramos a lo largo del Camino. El *pinus silvestris* aparece en las sierras orientales, ya que se trata de una variedad de montaña. El *pinus pinaster* y el *pinus insignis*, introducido en las últimas décadas, proliferan al oeste de la Dorsal (los hallamos aproximadamente a partir de la jornada de Palas de Rei). La variación fitogeográfica es un aspecto digno de observación a lo largo del Camino.

El *eucalipto*, inmigrante del XIX en Galicia, aparecerá a los ojos del caminante sobre todo en las jornadas finales de la ruta. No obstante, y pese a la leyenda negra respecto a su capacidad de agotamiento irreversible y acidificación exagerada del suelo, se impone cada vez más en el paisaje, debido a su rentabilidad económica más inmediata que la de las especies autóctonas. Sin entrar en la discutida y manipulada disputa de «eucalipto sí, eucalipto no», quedémonos con el axioma «eucalipto indiscriminadamente no, eucalipto donde conviene sí». Y ... ¿dónde conviene?. En parques que no admiten otro tipo de bosque o cultivo. Es mejor un suelo con eucaliptos que un suelo deforestado, a expensas de que una lluvia violenta lo haga desaparecer. El bosque se puede recuperar en unos años, el suelo puede tardar siglos. Ahora bien, lo que es absurdo son los eucaliptales ocupando terrazgos de potencial uso forrajero o incluso hortícola.

Hablamos de bosques, autóctonos o de colonización, pero siguiendo el Camino vemos que buena parte del paisaje vegetal lo componen matorrales y pastos naturales. En las sierras orientales aparece una *landa* de porte alto y muy enmarañada, en la que proliferan diversas especies de tojos (*ulex nanus*, *europaeus* ...) y brezos (*ericas*), acompañadas por retamas, genistas y piornos. Hacia el oeste la landa atlántica se va haciendo más baja y almohadillada. Los incendios forestales, especialmente implacables en los años ochenta, favorecieron una excesiva expansión de los

matorrales. Una buena pregunta, y muy «gallega», a los paisanos que hallemos por el Camino es: ¿y de los incendios qué ...?. Pueden salir a relucir cuestiones como la propiedad del monte, los intereses de empresas papeleiras, el abandono de las «chousas», las medidas actuales de prevención, etc..

El viajero atento comprobará que esta caracterización del paisaje vegetal es esquemática y simplista. Encontrará *múltiples micropaisajes*. Tomemos, por ejemplo, la gradación altitudinal de formaciones vegetales que hallará en las altas sierras orientales. De las cumbres a las laderas verá, junto a las ericáceas, enebros rastreros, piornos y genistas, el abedul, el serbal, el roble albar, el roble melojo (en solanas), el acebo, el tejo (ejemplares aislados), el avellano, el arce y, con suerte, el haya (en umbrías), además de los seculares soutos de castiñeiros. En el fondo de los valles, olmos, alisos, serbales y chopos entretejen una variada vegetación ripícola.

Pero, los paisajes del pasado no sólo fueron roquedo, agua o vegetación. También, y sobre todo, fueron *vidas humanas*, entonces muy armonizadas con el medio. Siempre hubo poca población a lo largo del Camino, en su recorrido por Galicia. Sin embargo, la ruta sirvió como un foco de cierta atracción demográfica respecto a las tierras altas circundantes (en él se instalaban, por ejemplo, las ferrerías).

Las *condiciones miserables* en que han vivido hasta hace unas décadas aquellos moradores quedan plasmadas en nuestra literatura y en las impresiones de viajeros que recorrieron Galicia. Así, el siguiente fragmento, tomado de *O catecismo do labrego* de Lamas Carvajal, expresa la deplorable situación en que se encontraban los campesinos gallegos a finales del siglo XIX:

«¿Qué quere decir labrego?. Home acabadiño de traballos, caste de besta e carga na que tanguen a rabealos que gobernan, ser a quen fan pagar cédula como ás persoas para tratalo coma ós cans, que leva faltriqueira no traxe por fantasía, boca na cara por burla, que anda de arrastro coma as cobras, que fura nas terras como as toupeiras, que traballa moito e come pouco, que a semellanza dos burros de arrieiro que levan o viño e beben a auga, procuran o trigo para come-lo millo, que anda langreneando por unha peseta sin poder nunca xuntala, e que vén ser considerado polos seus semellantes como un ninguén que a todo chamar chámanlle Xan Paisano».

Don Manuel Azaña (recogido por P. de Llano, 1982) se refería así a la Galicia de 1918: «... las aldeas se componen de chozas fétidas ... todo huele a establo, a berzas podridas. Allí viven revueltos hombres y bestias. En todo el camino de Coruña a Compostela no se encuentra una sola casa de campo, quinta, habitación o lo que sea que denote bienestar, holgura, limpieza; no hay más que viviendas de esclavos». Esto en una de las comarcas más dinámicas de la región. ¿Cómo sería de dura la vida en Os Ancares o en O Courel?.

Cierto que luego vendrían, afortunadamente, la redención de foros, la intensificación de los cultivos, las remesas de los emigrantes y la comercialización, mas la calidad de vida de los hombres y mujeres de la Galicia interior no cambió mucho hasta los años sesenta e incluso los ochenta en las comarcas más marginales de las sierras orientales. El paisaje notaría esos avances. Por eso, diferenciamos los paisajes del pasado y los del presente.

Hoy toda la Galicia rural tiene una base económica fundamentalmente pecuaria. Antes de mediados de siglo, recorriendo el Camino, de este a oeste iríamos pasando de un mundo agropecuario, en las sierras orientales, a un mundo cada vez más agrario, a medida que nos acercásemos a Compostela.

El tamaño de las explotaciones era, y sigue siendo, mayor donde el relieve se presenta más abrupto. De cualquier modo, la *fragmentación parcelaria* componía un puzzle de estructura aparentemente -sólo aparentemente- anárquica. Resultaba de un particular procedimiento de transmisión de herencias, en el cual primaba la división en «partixas» iguales para todos los herederos, excepto en algunas comarcas serranas (Os Ancares, por ejemplo) donde se decidía una «millora» para el hijo o hija mayor, lo que implicaba que los segundones, que no conseguían «casar con outro millorado», solían emigrar, lo cual no se evitaba a la larga con el otro sistema, pues el *minifundismo* llegaba a ser tan exagerado que, en momentos de fuerte presión demográfica, la tierra resultaba insuficiente para retener a toda la población.

La consecuencia era que las parcelas que se hallaban en las proximidades del Camino tenían en un 60-90% de los casos menos de media hectárea. Por otra parte, sólo un 10% de la tierra podía ser catalogada como

superficie agrícola útil. El aprovechamiento de la misma era muy poco intenso. El monte lo dominaba todo. A la agricultura se dedicaban los fondos de valle y laderas bajas, donde el suelo era algo más profundo. En las comarcas serranas se sembraba centeno, patatas, algunas hortalizas y poco más. Siempre cultivos con ciclo vegetativo largo (el centeno, por ejemplo, se sembraba en Septiembre y se recogía en Agosto), por temor a las heladas. Los rendimientos eran muy exiguos y los útiles muy rudimentarios.

La *ganadería* nada tenía que ver con la actual, condicionada por el mercado. Se practicaba en régimen extensivo y con una dedicación mixta (carne, leche), aprovechando las aptitudes de las razas autóctonas y su adecuación para el pastoreo en superficies montaraces. La autosubsistencia conllevaba una íntima relación entre los hombres, los animales y el medio natural.

El *determinismo físico* resultaba evidente. En el paisaje de las primeras etapas del Camino se podrá constatar como el hábitat se caracteriza por el predominio de aldeas compactas, cerradas. El clima y el relieve agreste obligaban a ello. También el aislamiento y la necesidad de ayuda mutua. El emplazamiento de las aldeas viene condicionado por su orientación al mediodía, en las solanas, en los bordes de las terrazas cultivadas (había que aprovechar el espacio útil). Los terrazgos, mínimos, a menudo no se encuentran en el valle principal, sino en los secundarios.

Con percepción muy geográfica, el arquitecto Pedro de Llano (1981) corrobora esta idea del determinismo físico, al observar como en el *paisaje humanizado* de Os Ancares y O Courel se aprecia una gradación altitudinal. Los prados artificiales ocupan las laderas más bajas, cruzadas por canalillos de riego que, a menudo trazados sobre una curva de nivel, recogen las aguas de un río principal, afluente o manantial. Un primer cinturón de sotos de castaños suele ocultar y proteger a la aldea. En las terrazas de labor se cultivan centeno, patatas y berzas. Un segundo cinturón de castiñeiros, más estrecho que el primero, dotaba de mayor frondosidad al paisaje, además de aportar su correspondiente cosecha anual, otrora vital para cubrir las necesidades alimenticias de los aislados labriegos. Más arriba, los pastos de altura y las superficies de monte, antes vecinal, tenían un aprovechamiento pecuario, si bien podían estar salpicadas por bosquetes de carballos o pinos, dedicados a la producción forestal.

Ante tal determinismo del medio las *viviendas* se caracterizaban por la humildad. Las casas se pegaban al suelo, concediendo gran preponderancia a la cubierta, hecha de «colmo» (paja de centeno) o de «xisto» (losas de pizarra). En las casas se abrían pocos huecos (una puerta, unos ventanucos), pues era más imprescindible evitar la pérdida de calor que permitir la entrada de luz. En las casas había pocos espacios diferenciados y la lareira ocupaba un lugar preeminente en la vivienda y en la vida. Las casas se construían sólo con materiales del lugar (pizarra, madera de castaño ...). El roquedo, el clima y la vegetación condicionaban el elemento más personal del paisaje humanizado: la casa. Por ejemplo, para combatir los -15° que se sufrían durante algunos días invernales de las altas sierras orientales, las pallozas se construían con unos parámetros laterales muy bajos, con un eje principal en sentido de los vientos dominantes, sin ventanas que favoreciesen las corrientes, con cubierta de paja que servía de aislante térmico y capa impermeabilizante y con la «corte» en el interior. Coincidimos con Vicente Risco (1933) en que «... a casa é o instrumento de acomodanza do home na terra, é a ligame, o *vencello do home coa paisaxe*, facendo que a súa vida, consistente fundamentalmente nunha relación co medio, se exprese na casa, permitindo que dela poda deducirse toda a demáis cultura».

Pero la casa también reproducía un *pobre sistema productivo*. Las necesidades del ganado y de la mies resultaban prioritarias sobre las necesidades de vivienda propiamente dichas. No había en tales casas serranas concesiones a lo superfluo. Cada elemento cumplía una función, elemental, en el ciclo de la autosubsistencia. Se imponía una forzada sobriedad, lo cual no implica la ausencia de construcciones populares a veces magníficas.

En el pasado era evidente la *fusión de la casa con el paisaje natural*. La tradición de los «canteiros» gallegos se ha dejado notar desde siempre. Muchos de ellos fueron a la vez labriegos que, con pocos medios, poco tiempo, pocos tipos de materiales y poca formación arquitectónica, asimilaron lentamente los procedimientos constructivos heredados, buscando soluciones sencillas y prácticas. Donde abundaba la pizarra, se empleaba ésta para cubiertas y muros, reservando el granito para esquinales y vanos (en los tramos orientales del Camino). Donde proliferaban rocas gneísicas,

con más mica que el granito, las viviendas perdían en calidad constructiva, aunque las soluciones fuesen similares (tramos de las terras de Melide y Sobrado).

Cuando nos referimos a los paisajes del pasado, por lo que respecta a las edificaciones, debemos tener en cuenta que, precisamente por la precariedad señalada, *las innovaciones fueron mínimas* desde la época castrexa hasta bien entrado el siglo XX. Por ejemplo, la cachotería, irregular y rudimentaria, empleada en las casas celtas llegaría tal cual a muchas casas de este siglo. A las plantas ovales, circulares o elípticas de las casas castrexas sucederían las cuadradas o rectangulares propias de la romanización, pero, como recalca Xaquín Lorenzo (1962), estas casas, que ya resolvían el problema de la unión de muros mediante esquinas, continuaron siendo muy simples, pequeñas, con cubiertas de «colmo» a dos aguas, paredes compartidas y puertas a un nivel superior al suelo, como en las citanias celtas.

Durante la Edad Media las edificaciones no evolucionaron demasiado, a pesar de la teoría de Wilhelm Giese sobre la proliferación de las casas de dos pisos por todo el norte de la Península. Si acaso la incorporación del «patín» y el «sobrado» a ciertas viviendas constituyeron las mayores novedades de un período arquitectónicamente oscuro, por lo que respecta a las construcciones populares.

Tampoco la Edad Moderna trajo grandes avances desde el punto de vista del hábitat. La miseria, derivada de pestes, hembrunas, bajos rendimientos agrícolas y un sistema productivo cuasi feudal, condicionaba la evolución del paisaje humanizado. Sirva como ejemplo esta descripción de González Ulloa a finales del XVIII (recogida por Pedro de Llano, 1981): «... No debe llamarse casa a la construcción en la que viven estos pobres, sino cabaña de paja. El mobiliario que contiene se reduce a un carcomido apero de labranza, un arca poco menos antigua que la de Noé, para el «reservado», y todo lo demás común a bestias y racionales, con la diferencia de que la cama de éstos es más dura que la de aquéllos». No obstante, en el XVIII aumentó el número de casas de dos plantas, gracias a las mejoras generadas por la expansión de los cultivos del maíz y la patata.

El siglo XIX, como señala Ramón Villares (1980), fue un período de estancamiento para toda Galicia (foros, agotamiento del suelo, minifundio, falta de capitales, emigración, etc.). No estaban los tiempos para mejorar

la mayoría de las viviendas. Sólo algunas familias podían levantar casas de dos plantas y eran aún menos las que podían incorporar a las mismas ciertos elementos de la arquitectura culta.

Con el siglo XX vendrían la redención de foros, la intensificación de las rotaciones de cultivos, la mercantilización del medio rural, el éxodo poblacional, los dineros de los emigrantes, el retorno de algunos de ellos y ... el ladrillo, la uralita y el hormigón invadiéndolo todo.

LOS PAISAJES DEL PRESENTE

Desde mediados del XX los paisajes del Camino han sufrido transformaciones más intensas que las producidas durante siglos. Las causas se hallan ligadas a una aceleración de ciertas acciones antrópicas, paradójicamente cuando buena parte de las tierras del Camino padecían una tremenda sangría migratoria.

El campesino, que había hecho de la autosubsistencia y de la íntima relación con el medio natural su *modus vivendi*, sólo admitió variaciones en éste cuando se le plantearon reformas que reportaban beneficios regulares y a corto plazo. Llegaron aquéllas con la *reconversión de la cabaña bovina*, concretamente con la progresiva sustitución de las razas autóctonas por otras foráneas de aptitud láctea. En principio se trataba de un experimento llevado a cabo por unos cuantos agricultores más dinámicos; luego se convirtió en una alternativa rentable para muchísimas explotaciones. La venta de leche reportaba unos ingresos constantes, con menos exigencias que las tradicionales faenas agrícolas.

Con una rapidez inusitada, el Camino era testigo de como sus gentes se incorporaban a una *economía abierta, mercantilizada*. La circulación del dinero se encargaría de cambiar los paisajes. Ahora bien, los cambios fueron más técnicos que estructurales, afectaron más a los productos y a los medios de producción que a la estructura de la propiedad y a la morfología parcelaria. La dispersión, la fragmentación y el minifundismo continuaron marcando la articulación de tales paisajes humanizados.

He aquí la hipótesis fundamental de estos párrafos: los paisajes no han cambiado por necesidades autóctonas, sino por *factores externos*. La explicación de los cambios no debe, pues, circunscribirse al Camino, ni

siquiera a la región. Es obvio que en un modelo de economía abierta las necesidades de inputs dependen del nivel de producción y éste del nivel de demanda. Mientras la distancia que separaba las explotaciones agropecuarias de los campesinos del Camino de los principales focos consumidores regionales y nacionales gravaba en exceso los inputs de transporte, no resultaban competitivas, ni se les prestaba la más mínima atención. Los agentes económicos no tenían interés por integrarlas en circuitos ya establecidos. No había porque mejorar la accesibilidad a las mismas. Cuando la demanda urbana de productos lácteos se disparó (debido al mayor poder adquisitivo y a las mejoras en la dieta), ya compensaba acelerar el «Plan de Accesos». La N VI se convirtió en un auténtico canal por el que salían ingentes cantidades de materias primas, no sólo lácteos y derivados, obtenidas en las otrora autárquicas explotaciones campesinas. Si el criterio dominante no hubiese sido economicista, y hubiese primado la ordenación territorial, además de esa única vía succionadora se habrían mejorado otras y, sobre todo, se habría acondicionado la pésima red de comunicaciones internas.

Coincido, pues, con la tesis de X.G. Sequeiros Tizón (1979), en el sentido de que han sido factores exógenos los que han incentivado la intrusión de *fórmulas mercantilistas* de producción y comercialización en el medio rural gallego. Fórmulas asimiladas individual y desorganizadamente. De hecho, como señalamos en otro ensayo (Armas, 1989), multitud de pequeños agricultores autosubsistentes se sintieron atraídos por la posibilidad de convertirse en ganaderos. La venta de terneros, huevos y, especialmente, leche les resultaba más rentable y menos exigente que su complejo policultivo tradicional. El monetarismo vencía al autoconsumo. Pequeños propietarios invirtieron en la aventura todos sus ahorros y los remitidos por sus familiares emigrados. Sin asesoramiento o planificación, abordaron por su cuenta y riesgo las reformas indispensables. Reconvirtieron sus cabañas (vacas frisonas o pardo alpinas, cerdos largewhite o landrace). Sustituyeron en sus terrazgos cultivos tradicionales por otros forrajeros (ray grasses, tréboles, praderas polifitas). Estabularon sus reses casi permanentemente, con lo cual dejó de interesarles el pastoreo y el cuidado del monte, a la vez que se levantaron nuevos establos, alpendres y otras dependencias para el ganado, a menudo construidas con horribles bloques de hormigón.

Los *terrazgos tradicionales* eran bastante semejantes a lo largo del Camino. Predominaba en ellos la organización en «*agras*» o grupos de parcelas abiertas con un solo cercado o «*valo*» exterior a todas. Dentro de las *agras* la rotación de cultivos era obligatoria. El *agra* permanecía cerrada desde la siembra hasta la cosecha. Con la introducción masiva de los cultivos forrajeros, derivada de la orientación pecuaria de las explotaciones, la organización de las *agras* se fue flexibilizando, hasta desaparecer en muchas comarcas. No obstante, dichos paisajes agrarios ofrecían matices.

En las *montañas orientales* (Pedrafita, Triacastela ...), debido a la práctica de un simple barbecho bienal, la estructuración de las *agras* era muy laxa y casi tenían más relevancia las «*cortiñas*» y «*hortas*», situadas alrededor de las aldeas, dedicadas a cultivos variados y continuos, o los cinturones de prados y «*castiñeiros*». De hecho, las «*centeeiras*», a modo de calveros abiertos en el monte comunal, a más de 1.000 metros de altura, estaban divididas, de manera imprecisa, en dos hojas. Con el sistema de doble hoja, una dejada a barbecho y otra cultivada, cada parroquia o aldea resolvía las servidumbres de paso, pues el ganado transitaba exclusivamente por los caminos de la hoja a barbecho. Luego algunos agricultores decidieron intensificar algo sus rotaciones, sembrando en la supuesta barbechera maíz o patatas, antes relegados a las «*cortiñas*», con lo que el trasiego de reses se complicó y precisó de una mayor atención. Aún así, los rendimientos eran muy pobres, como corresponde a un uso tan extensivo del suelo, que, por otra parte, se agotaba con rapidez. Únicamente la amplia superficie de tierra de que disponía cada familia permitía una subsistencia precaria. Ni la introducción de forrajeras, ni el incremento de las superficies destinadas a pastizales consiguieron frenar las corrientes migratorias. El paisaje agrario de estas comarcas serranas estaba, pues, muy determinado por las condiciones orográficas y edáficas, pero la morfología parcelaria dependía también de los sistemas consuetudinarios de herencia. Según las «*partixas*», predominaban parcelas poligonales o múltiples «*laniéres*» alargadas.

En el *resto del Camino* las *agras* constituían terrazgos discontinuos, interrumpidos por amplias extensiones de monte, en los cuales el hábitat era un elemento más determinante que el propio relieve. Así, dependiendo del rango de la aldea, se encontraban *agras* de 5 hasta 25 hectáreas. Una

aldea grande podía contar con su agra principal y otra u otras menores, o bien intercalar parte de sus agras con las de aldeas vecinas. En estos casos el acceso a las parcelas y las servidumbres de paso se complicaban demasiado. Téngase en cuenta que el grado de fragmentación era exagerado (menos de 10 áreas por parcela) y la organización en «laniéres» todavía dificultaba más la movilidad por las agras.

Por último, donde el Camino cruza el río Miño (Portomarín) los paisajes de agras daban paso, brevemente, a algunas laderas con viñedos en «sualcos», que aprovechaban microclimas particulares. Se trataba de parcelas minúsculas (casi siempre con menos de 10 áreas cada una), cuyos límites no siempre coincidían con los del bancal, prolongándose por los vecinos.

Con el éxodo rural y la orientación pecuaria de las explotaciones los paisajes rurales cambiaron su fisionomía. A falta de brazos, se mecanizaron ciertas faenas, se adquirieron segadoras, empacadoras, ordeñadoras y un número desproporcionado de tractores («siempre más grande y potente que el del vecino»). El asociacionismo brilló por su ausencia. Hubo tantas reformas como productores. Paradójicamente, en un medio con escasez de dinero el despilfarro económico fue notorio.

Al parecer, a nadie interesaba la *ordenación del medio rural*. A los agentes mercantiles les bastaba con que algunas reformas técnicas transformasen a las comarcas agrarias en auténticas granjas productoras de materias primas, con mano de obra barata. A los políticos no les convenía -como no les conviene casi nunca- abordar reformas estructurales (comunicaciones, electrificación, régimen de propiedad, concentración parcelaria, cooperativismo), porque no encajan sus plazos en los plazos electorales, ya que exigen planificación a medio y largo plazo.

Como se aprecia, la explicación del paisaje humanizado nos obliga a escudriñar en *factores socioeconómicos*, si no queremos quedarnos en una contemplación pretendidamente aséptica del mismo. Así, cuando se nos presentan las últimas décadas como las de la definitiva modernización del medio rural, hemos de ser críticos, admitiendo los avances evidentes en cuanto a ese concepto, tan vago como difícilmente medible, de la «calidad de vida».

Los *cambios técnicos* se dejaron al criterio de cada cual. Ya lo apuntábamos (Armas, 1989): «... comenzaron por reconvertir sus cabañas bovinas, pero lo hicieron indiscriminadamente. Las reses importadas, selectas, fueron cruzadas, sin control de las inseminaciones, con las autóctonas puras y con otras mestizas, provocando un caos genético irreversible. Fueron obligadas a desempeñar duras faenas para las cuales no estaban preparadas. Fueron instaladas en establos insanos. Fueron mal alimentadas. Los primeros resultados no podían ser alentadores. Proliferaron las enfermedades de etiología bacteriana (brucelosis, mamitis, tuberculosis, colibacilosis), parasitaria (distomatosis, hipodermosis) o vírica (neuropatías, enteropatías), que incidieron en la baja productividad, a pesar de ello, superior a la de las cabañas anteriores. El sector industrial tenía, «por fortuna», las soluciones al problema agropecuario. Suministro de abundante maquinaria para eliminar el trabajo de las vacas de ordeño. Suministro de aparatos para facilitar el manejo del ganado. Suministro de más energía para ponerlos en marcha. Suministro de materiales de la construcción para arreglar los establos. Suministro de fertilizantes químicos para incrementar los rendimientos de los cultivos forrajeros. Y, sobre todo, suministro de piensos compuestos para equilibrar la alimentación del ganado. Se trataba, en suma, de desvincular al ganadero de la tierra para convertirlo en una especie de accionista, sin voz ni voto, en la empresa industrial-mercantil, de cuyas decisiones superiores depende absolutamente. A cambio de un incremento coyuntural de sus ingresos, siempre menor al de los restantes miembros de la cadena productiva, corre con los mayores riesgos ante los vaivenes del mercado. Otros eslabones son más flexibles, pero ¿quién puede explicar a un pequeño ganadero que ahora el mercado le exige reconvertir de nuevo su cabaña?». »

Ese mercado, al que llaman Común, no es aprehendido todavía; tan pronto demandaba leche, como demanda carne. Poco tiene que ver con las transacciones mercantiles que se llevaban a cabo en nuestras *ferias y mercados periódicos*, cuyo valor era, si cabe, más social que económico; constituían el principal ámbito de relación de unos campesinos dispersos y mal comunicados. Las nuevas pautas mercantiles han relegado a la mayoría de las ferias a la obsolescencia. Sólo las mejor organizadas o más estratégicas perduran: Pedrafitá, Sarria, Palas de Rei, Melide, Arzúa y, sobre todo, el

Mercado Nacional de Ganados de Salgueiriños en Santiago de Compostela, auténtico foco concentrador-exportador de la oferta pecuaria regional. No se trata de conservar sólo por tipismo los viejos recintos feriales, pero el peregrino se alegra de encontrar pueblos o villas en los que, con unas mínimas inversiones públicas, los mercados y ferias siguen adelante.

A lo largo del Camino el observador avezado, y especialmente el que se pare a conversar con los paisanos, descubrirá diversas *rotaciones de cultivos* en sus campos. En las montañas orientales todavía hallará algunos rodales de tierras de centeno y barbecho, si bien predomina la rotación patatas-trigo o centeno-nabos. A medida que deja atrás estas sierras y el viajero se adentra en la depresión de Sarria y en la meseta lucense comprobará que la rotación preferida es la compuesta por maíz o patatas-trigo o centeno-nabos. En las tierras de la Dorsal (Monterroso, Palas de Rei, Antas de Ulla, Melide) se opta por combinar maíz o patatas-trigo o centeno-alcacer (forraje). Ya en la comarca de Arzúa y camino de Compostela reaparece, preferentemente, la rotación maíz o patatas-trigo o centeno-nabos.

Los *campos de maíz*, cultivo quizás más característico de la región, los encuentra el peregrino hacia el oeste, donde el riesgo de heladas disminuye. Apenas se siembra ya maíz de grano para el consumo humano. Sin embargo, el maíz forrajero cada vez ocupa mayor extensión, debido a su adaptabilidad a las pequeñas explotaciones, ya que es fácil de ensilar, produce mucha materia seca y con un alto valor energético y se combina bien en distintas rotaciones de cultivos. Se trata casi siempre de maizales con una fuerte densidad de plantas (a veces más de 200.000 por hectárea), que el campesino va cortando según sus necesidades. Ocurre que a menudo ese maíz se suministra en verde durante el verano, período en que las praderas producen poco, lo cual constituye un despilfarro energético, que podría solventarse con un adecuado ensilado de hierba de primavera, para cubrir ese bache estival, y otro de maíz, suministrable durante el invierno. Aunque los silos de maíz se han incorporado al paisaje de las comarcas más dinámicas, sería conveniente que proliferasen en mayor medida, teniendo en cuenta que podrían ser muy útiles en explotaciones fragmentadas (en muchas de cuyas pequeñas parcelas no compensa ni el aprovechamiento para pasto ni el acarreo de hierba para henificar) o en explotaciones con parcelas en agras a las que no puede acceder el tractor o el carro hasta que

se recolecten otros cultivos. El maíz ensilado posee una alta calidad como forraje, pues conserva sus condiciones de apetecibilidad y digestibilidad para el ganado. Hay agricultores que se han convertido en verdaderos expertos en la siembra de maíces híbridos, de los que obtienen magníficos rendimientos. No obstante, quedan pocos brazos en el campo, las condiciones estructurales de las explotaciones impiden que se mecanicen todas las faenas y el maíz sigue exigiendo demasiado trabajo; por ello, los labradores se han inclinado por otras alternativas forrajeras más cómodas.

Así, las *praderas*, artificiales y naturales, se han convertido en uno de los elementos más expansivos del paisaje agrario del Camino, con frecuencia ocupando tierras de labor tal vez más aptas para otros usos, en lugar de hacerlo en detrimento del matorral y los baldíos.

Las *praderas polifitas*, compuestas por diversos tréboles y ray grasses, pueden resultar adecuadas para terrazgos donde se obtienen bajos rendimientos de los cultivos tradicionales, pues mejoran y fijan el suelo. Cada variedad de especies de pradera artificial se adapta a las necesidades del agricultor, según precise hierba para ensilado, para heno o para pasto. Hay explotaciones que incluso siembran variedades de diferente precocidad con el fin de disponer de hierba durante todo el año. Pero, a menudo nos encontramos con un problema repetido en párrafos previos: la falta de planificación orientativa. Los agricultores han ido aprendiendo individualmente y a fuerza de fracasos. En un principio se difundieron semillas deficientes, que reportaron rendimientos mediocres o provocaron el agostamiento prematuro de ciertas praderas, no se fertilizaron convenientemente los campos, se efectuaron cortes en momentos inoportunos y, como sucedía con el maíz forrajero, no se instalaron silos suficientes (las praderas se aprovechaban casi siempre en verde). Téngase presente que, sobre todo en las explotaciones de comarcas serranas, donde la parada vegetativa es larga, la práctica del ensilado debiera alcanzar mayor difusión -reconociendo los esfuerzos realizados en esta línea durante los últimos años-, ya que la materia ensilada conserva su valor nutritivo y no se halla expuesta a los avatares de la desecación natural. De cualquier modo, los silos de hierba se han incorporado a las dependencias de la casa rural, si bien hay agricultores que ensilan en la propia parcela segada (en un tramo inclinado que facilite la escorrentía).

Las *praderas naturales* constituyen más un paisaje deseado que un paisaje abundante a lo largo del Camino. Las existentes se encuentran deficientemente explotadas. Poco y mal abonadas, descuidadas, son sometidas a riegos descontrolados (que en ocasiones las transforman en auténticos brañales), a cortes extemporáneos o a un pastoreo abusivo. Sin embargo, cuando el viajero recorre el Camino y observa la amplitud de las extensiones cubiertas por la landa y el matorral de diverso porte, y a la vez piensa en la creciente demanda de productos cárnicos, automáticamente viene a su mente la posibilidad de convertir esos espacios en fértiles pastos naturales, aptos para una ganadería autóctona en régimen extensivo, sobre todo si sabe que buena parte de esos montes son vecinales y con parcelas mayores que las habituales en el minifundio dominante. No obstante, siguen faltando los factores determinantes del desarrollo local, es decir, la planificación -que sólo ahora parece que comienza a tomar carta de naturaleza institucional- y las inversiones.

Hemos comentado someramente los paisajes actuales en cuanto a la incidencia de algunas significativas acciones antrópicas sobre los mismos, atendiendo preferentemente a los paisajes agrarios. No olvidemos que el Camino discurre por un espacio eminentemente rural. Es obvio que el peregrino hallará *muchos otros paisajes* (forestales, urbanos, etc.), de los que se le hablará desde otras disciplinas. Encontrará también algunos paisajes nuevos derivados de actuaciones recientes en materia desarrollo endógeno, por ejemplo, algunos pazos y casas solariegas rehabilitadas y destinadas al *turismo rural*, con lo que conlleva de recuperación de la artesanía, la gastronomía y las costumbres autóctonas e incluso, si se desvía algo hacia el embalse de Portodemouros durante las jornadas de Melide y Arzúa, descubrirá espacios destinados a usos antaño imprevisibles (pantalanes, pistas de regatas, piragüismo, vela, senderismo, equitación, etc.), que se han de desarrollar en el marco de proyectos europeos (LEADER) -existe otro semejante para O Courel- que, junto con mejoras integrales de la economía local, pretenden potenciar el acondicionamiento de espacios de ocio, la promoción de productos típicos (queso de Arzúa, melindres de Melide), etc. . Se trata, no obstante, de actuaciones puntuales, sin duda interesantes, pero que no se pueden catalogar como «alternativas de desarrollo», sin caer en un optimismo exagerado. Actuaciones cuyo impacto paisajístico, por otra parte, resulta escaso.

Las limitaciones de espacio y tiempo nos llevan a concluir estas semblanzas, más o menos geográficas, del Camino aportando una serie de informaciones relativas a los lugares que han sido elegidos como salidas y metas en cada una de las etapas. Para ello, tomaremos prestados, y completaremos, los análisis efectuados por Pedro Arias (1990), economista con una perspectiva muy geográfica del territorio. Por otro lado, se trata de concluir con un *panorama menos pesimista* del plasmado hasta aquí, pues también observará el viajero que en los paisajes del Camino han sucedido cambios que dejan un margen para la esperanza.

1º Pedrafita-O Cebreiro

El propio nombre de Pedrafita ha adquirido unas *connotaciones simbólicas*, ligadas al aislamiento y la dificultad de acceso a Galicia. Pedrafita es marginalidad, es alta montaña, es abandono. El viajero del Camino comprueba que sólo algunos de dichos tópicos negativos traducen la realidad.

En la actualidad, más que muralla, Pedrafita es *tránsito*. Se halla relativamente bien comunicada con la Meseta y con las cabeceras comarcales próximas, Becerreá y Sarria, aunque las diferencias socioeconómicas respecto a ellas son aún notables (equipamientos, renta per cápita), puesto que las expectativas de desarrollo local hasta ahora se han quedado en proyectos de actuaciones específicas para áreas de alta montaña.

La evolución demográfica refleja las *dificultades de permanencia* en un medio tan duro y desatendido. Si a mediados de siglo Pedrafita llegó a albergar casi a 4.000 habitantes, hoy cuenta con poco más de 2.000. Sobran datos exactos respecto al contingente total, al crecimiento vegetativo o al saldo migratorio para comprender que nos hallamos ante una población envejecida y regresiva, con lo que esto implica en cuanto a falta de dinamismo empresarial, deterioro del hábitat y abandono de tierras de labor (con los consiguientes procesos erosivos e irreversibilidad en la recuperación de suelos).

En un municipio con un poblamiento muy disperso (sólo un centenar de viviendas concentradas en el núcleo rector), como corresponde a un espacio tan compartimentado desde el punto de vista físico, casi toda la población vive de las actividades rurales. La mayoría de las explotaciones agropecuarias y forestales están regentadas por personas mayores. De ahí

que en la *estructura socioprofesional* sobresalga el dato de que más de la mitad de la muestra corresponde a individuos que reciben ayudas familiares, mientras que sólo un tercio son trabajadores autónomos e independientes y son escasos los asalariados (algunos en una empresa pseudominera y en los servicios). Si a ello se añade el dato de que una cuarta parte de la población adulta carece de estudios primarios, uno puede pensar que el futuro de Pedrafita no es halagüeño.

Sin embargo, esa deducción es parcialmente errónea. En muchas explotaciones del municipio el proceso de modernización antes criticado se ha llevado a cabo de un modo correcto. La *reorientación pecuaria* de las mismas se ha efectuado con un grado de mecanización más acorde a la estructura agraria que la detectada en otras comarcas, a pesar de la hostilidad del medio. La intensificación ganadera (7.000 vacas, 5.000 cerdos, 1.500 ovejas) ha sido mayor que la de espacios limítrofes, apoyándose en la conservación y promoción de la feria de ganado.

Por otra parte, la potencialidad de los recursos de Pedrafita es considerable. Más de la mitad de la tierra tiene un *uso forestal* y más de la mitad de las tierras forestales corresponden a montes vecinales, susceptibles de una ordenación que oriente un aprovechamiento racional, que a medio plazo debiera redundar en un cierto desarrollo endógeno.

Además, existen *otros recursos* tanto económicos como culturales. Las pallozas, el Santuario do Cebreiro, las romerías de San Antonio y del Santo Milagro, los famosos quesos, el botelo, las colchas y alfombras tejidas a mano en Zanfoga, los privilegios del emplazamiento (véanse, por ejemplo, a ambos lados del Camino, cuando discurre por la Serra do Rañadoiro, los nacimientos de los ríos Navia y Lóuzara) ... y, en definitiva, un paisaje para observar y sentir.

2º Triacastela

Triacastela es un municipio pequeño (51 km²), montañoso (enmarcado por las Serras do Rañadoiro, Oribio y los Montes da Albela), poco poblado (contaba con unos 2.000 habitantes a mediados de siglo y hoy apenas supera los 1.000), pero *equilibrado*, con unas proporciones adecuadas dentro de la exigüidad.

Cierto que ha perdido buena parte de sus efectivos demográficos (por eso un tercio de las casas están vacías), mas en los últimos años la *sangría migratoria* parece haberse frenado, tanto porque las perspectivas de los focos receptores -especialmente el catalán para todas estas comarcas serranas orientales- han dejado de ser atractivas, como porque quizás se haya alcanzado un contingente acorde con el territorio.

A pesar de la proximidad de Sarria y Becerreá, Triacastela se configura como un espacio marginal, excéntrico. Ni tal condición, ni el relieve agreste, han impedido, sin embargo, que los numerosos campesinos autónomos (dos tercios de la estructura socioprofesional frente a un 15% de asalariados y de ayudas familiares, respectivamente) hayan abordado la modernización de sus explotaciones, evitando errores cometidos en otras comarcas pioneras. Y es que en Triacastela, aunque casi todos se dedican a la actividad agropecuaria, los «analfabetos funcionales» son menos del 10% de la población. El *ingenio* ha suplido las deficientes comunicaciones y la hostilidad del medio (un tercio de su territorio es tan escarpado que difícilmente puede ser aprovechado económicamente). Así, una explotación típica cuenta en Triacastela con más de 20 hectáreas, más de 10 vacas, más de 5 cerdos, con parcelas menos irregulares de las que vemos en muchos tramos del Camino, etc.. La orientación es claramente pecuaria y silvopastoril (mientras los campos de cultivo sólo ocupan un 10% de las tierras, los pastos se extienden por un 18% de las mismas y los espacios forestales por casi el 70%).

También aquí se dispone de diversos *recursos potenciales*. La iglesia de Santiago, los otros edificios del Camino (Hospital, Mesón, Casa da Ponte, Ponte romana), la romería de San Mamede, los quesos del Cebreiro, las colchas y toallas de Lagoa, las zocas y zocos ... y, de nuevo, el paisaje.

3º Sarria

Sarria cuenta con unos 6.000 habitantes y administrativamente es capital de un municipio con unos 185 km² y 12.500 habitantes. De hecho, es el *núcleo rector* de una comarca natural (la Vega de Sarria) y funcional (Paradela, Láncara, Triacastela, Samos, Incio) que alberga a unos 28.000 habitantes y comprende unos 720 km².

La cabecera comarcal es una pujante villa, con un importante *sector terciario* (que ocupa a casi dos tercios de la población activa del núcleo), como corresponde a un «central place» que suministra bienes y servicios a una fértil comarca agropecuaria. De esta función mercantil dan fe su importante feria y los numerosos establecimientos dedicados a la comercialización de abonos, plaguicidas, piensos, semillas y maquinaria agrícola. Pero también cuenta con un terciario moderno, incluso especializado (tiendas de deportes, anticuarios, mueblerías de lujo, concesionarios de vehículos, perfumerías, floristerías), que evita a menudo el desplazamiento de consumidores a los otros centros urbanos de rango superior, como Monforte de Lemos o Lugo. Por otra parte, se confirma su categoría de cabecera comarcal por la dotación de servicios educativos (públicos y privados), sanitarios y administrativos. Además, en el sector terciario trabaja más de la cuarta parte de la población activa del municipio.

También es Sarria un núcleo de *cierta relevancia industrial*, lo cual demuestra la diversificación de su base económica. Varias de sus empresas fabriles cuentan con plantillas de más de 100 operarios y pertenecen esencialmente a empresarios gallegos. A diferencia de los pueblos que dejamos atrás, Sarria funciona como una verdadera ciudad. En su estructura socioprofesional un 5% son empresarios y un 45% asalariados. Un 30% de su población activa se ocupa en la industria y en la construcción. Concretamente la actividad industrial se polariza en torno a la fabricación de muebles y a la industria maderera en general, así como en torno a la producción de materiales para la construcción (cementos, etc.). Es decir, en Sarria se ha comprendido bien qué es eso de la «industrialización endógena», a partir de los recursos autóctonos.

Otro pilar de dicha diversificación económica es el importante *sector agropecuario*. En él se ocupa todavía un 45% de la población activa. Dispone de un numeroso censo de ganado vacuno (25.000 cabezas aprox.) y porcino (70.000 aprox.). De la reorientación pecuaria de las explotaciones es reflejo el que prados y pastizales acaparen casi un tercio de las tierras del municipio, extensión similar a la que ocupan los campos de labor y la superficie forestal. El número de explotaciones agropecuarias se ha reducido drásticamente desde mediados de siglo y las parcelas se han redimensionado. Con todo, la explotación media apenas supera las 5 hectáreas, lo que acarrea las deficiencias propias del minifundismo.

Es esa diversificación de la base productiva la que ha permitido que se frenasen las corrientes migratorias desde los setenta (entre 1950 y 1970 Sarria pasó de 16.000 a 12.000 habitantes), de modo que el contingente demográfico ha permanecido más o menos estancado desde entonces y hasta se ha recuperado algo en los últimos años.

Por supuesto, también en Sarria existen *otros recursos potenciales*. Su patrimonio cultural y riqueza monumental (castros en Castelo, Vilapedre, Betote y Calvor, restos de la fortaleza medieval, iglesias con elementos románicos en Albán, Vilar de Sarria, Barbadelo, Corvelle, Biville, Belante y Requeixo, iglesia de San Salvador, Convento de la Merced, antiguo hospital de peregrinos del Camino ...), su gastronomía (freixóns, melindres, empanadas, lacones, chorizos, pulpo, quesos del país ...), su artesanía (ebanistería, guarnicionería, bordados ...), sus fiestas y romerías (Antroido, San Xoán, Santiago, Noite Meiga, Os Remedios ...), sus cotos de caza y pesca, etc., hacen evidentes sus potencialidades como foco del turismo rural.

4º Portomarín

Portomarín atesora, asimismo, *valores simbólicos*. Portomarín es embalse, es pérdida de raíces, es decisión foránea, es parador de turismo, es aguardiente, es repostería ... era un hito en el Camino.

En 1963 se terminó el *gran embalse de Belesar*. Su cola anegó el viejo Portomarín. Algunos monumentos significativos fueron trasladados piedra a piedra al elevado emplazamiento actual, donde se construyó un «pueblo blanco», estandarizado, y un Parador Nacional de Turismo, que acabaría siendo víctima de la escasa demanda de sus servicios. Muchos labradores abandonaron los bancales dedicados al viñedo, cobraron sus indemnizaciones y emigraron.

Cierto que la corriente migratoria ya venía de antes; el minifundio y las técnicas tradicionales se mostraban insuficientes para controlar la presión demográfica sobre el espacio; pero el embalse aceleró el éxodo (entre 1950 y 1970 Portomarín pasó de 4.000 a 3.000 habitantes). Desde entonces sus efectivos se estabilizaron en torno a los 2.500 pobladores, hasta que en los últimos años se han vuelto a recuperar ligeramente, gracias al retorno de emigrantes, la construcción de segundas residencias que termi-

nan por convertirse en viviendas habituales y la búsqueda de nuevas actividades económicas ligadas al ocio (actividades deportivas, pesca ...), la hostelería y el turismo rural.

Aunque el embalse paralizó reformas estructurales en las *explotaciones agropecuarias*, los productores que continuaron en el sector (un 80% de la población activa del municipio) optaron decididamente por la reorientación pecuaria. De modo que, si bien muchas explotaciones son regentadas por personas mayores, cuentan las prototípicas con unas dimensiones aceptables (15 hectáreas), más de 10 vacas, unos 30 cerdos, silos, maquinaria agrícola, etc..

Todo embalse genera unos paisajes impresionantes. Si tiene las dimensiones del de Belesar, en mayor medida. Y si, además, tres cuartas partes del municipio corresponden a superficies forestales, más o menos arboladas, son obvias las *potencialidades paisajísticas* de Portomarín. La complementariedad de otras ofertas y la indispensable promoción externa resultan imprescindibles para explotarlas convenientemente. Añádanse los restos castrexos (Portomarín, Castromaior), la iglesia de San Xoán (monumento histórico-artístico), las capillas de San Pedro, Cortapezas y Castromaior, la artesanía en granito y mármol, las fiestas y romerías (Festa do Augardente, Santo Cristo...), la gastronomía local (aguardiente, tartas, anguilas...), etc. para comprender que Portomarín tiene mucho que ofrecer al visitante.

5º Palas de Rei

Considerar a Palas de Rei *capital de la comarca* de A Ulloa exarcerbaría los ánimos de sus vecinos de Monterroso ... y viceversa. En ambas encontrará el viajero eruditos con argumentos, geográficos y funcionales, en uno u otro sentido. Las dos son de facto cabeceras terciarias-semirurales de una comarca natural, bellísima, que engloba, además de sus respectivos municipios, al de Antas de Ulla, y acoge en sus 325 km² a unos 13.500 habitantes. A su vez son dependientes de núcleos rectores de rango superior (Melide, Lalín y, sobre todo, Lugo).

En los 200 km² de Palas de Rei vivían a mediados de siglo algo más de 10.000 habitantes. En 1970 quedaban unos 6.500. En la actualidad poco más de 5.000. Aunque la *sangría poblacional* se ha ralentizado, el creci-

miento vegetativo ha continuado cayendo, la población se ha envejecido. Para colmo, el nivel medio de instrucción deja mucho que desear. Se suman, pues, diversos factores retardatarios del desarrollo.

Sin embargo, con las remesas de los emigrantes los que no partieron abordaron un proceso de *modernización de las actividades agropecuarias*, sin que decayese demasiado el número de explotaciones. De la orientación pecuaria habla casi un tercio de tierras dedicado a prados y pastos. De la complementariedad maderera habla esa mitad del espacio ocupado por superficies forestales, muchas de ellas repobladas con especies de crecimiento rápido (pino, eucalipto). De la modernización hablan la mecanización de faenas, los silos, las ordeñadoras, alguna industria alimenticia, etc.. Del incremento del nivel de vida habla el aumento del número de viviendas (otra cuestión es su impacto paisajístico).

También cuenta Palas de Rei con recursos monumentales (iglesias románicas en San Tirso-Palas, Berbentouros, Fontecuberta, Marzá, Merlán, Alba, Coence, Carballal, Repostería, Augas Santas, el monumento histórico-artístico de San Salvador de Vilar de Donas, el Castillo de Pambre), artesanía (cerería y exvotos, colchas de Cubelo ...), gastronomía (quesos de la Ulloa o tetilla), fiestas y romerías y ... magníficos paisajes.

6º Melide

Melide es un hito en el Camino Francés y a la vez el corazón geográfico de Galicia. *Encrucijada* de carreteras interiores (Lugo-Santiago, Betanzos-Ourense), que tratan de romper con la secular y exclusiva atención a las comunicaciones del eje litoral, se ha beneficiado en los últimos años de esta privilegiada ubicación.

Como en todos los núcleos del Camino, la emigración fue masiva desde 1950 hasta 1970 (Melide pasó de 10.000 a 7.500 habitantes). Pero, desde entonces, no sólo se frenó la corriente de salida, sino que incluso se ha recuperado población en los últimos años (8.500 habitantes), debido a un crecimiento vegetativo ligeramente positivo y, en buena medida, por el *retorno de emigrantes*, que en unos casos han llegado ya a la edad de jubilación y en otros se han quedado sin trabajo en los focos receptores. Este proceso se refleja en el notable incremento de las viviendas construidas, sobre todo en la capital municipal.

El núcleo de Melide ha ido adquiriendo un *cierto rango urbano*. Su base económica se ha diversificado. Los asalariados representan ya un tercio de la estructura socioprofesional. El sector terciario ocupa a idéntica proporción de la población activa en el municipio, como corresponde a una dinámica cabecera comarcal. La industria (alimenticia, cárnica en particular, maderera, cerámica, metalúrgica, química ..., a pequeña escala) y la construcción dan trabajo a un 20% de la población activa.

La *actividad primaria* se ha decantado netamente por la reorientación ganadera (vacuno frisón y porcino), con su reflejo en el paisaje rural: praderas artificiales, granjas, establos, motorización, etc.. Este proceso de modernización que tiene su colofón regular en los bulliciosos mercados y ferias que se celebran semanalmente en la villa, se ha encontrado con algunos obstáculos estructurales, como el exagerado minifundismo de la comarca y el bajo nivel de intrucción de las personas que regentan la mayoría de las explotaciones (más de la mitad de los adultos no ha alcanzado los estudios primarios).

Atesora Melide un rico *legado patrimonial* por su condición de parada importante en el Camino, si bien su historia es más antigua (numerosos castros, dolmen de Forno de Mouros ...). Rúas típicas, cruceiros, conventos (Sancti Spiritus), iglesias (Santa María, San Pedro, San Roque, Santa María de Leboeiro, etc.), variada artesanía (gaitas y tamboriles en Os Anxeles, cerámica en Madanela, curtidos, guarnicionería, choclos, botas ...), gastronomía (melindres, quesos del país y A Ulloa), romerías, etc. hacen de Melide un concurrido centro de la Galicia interior.

7º Arzúa

La historia reciente de Arzúa es similar a la de Melide. Su geografía también. No obstante, sus ciclos no coinciden exactamente. En los años cincuenta el municipio casi alcanzó los 11.000 habitantes. Perdió algo más de 1.500 en un par de décadas. Pero, los setenta no supusieron un punto de inflexión, sino que la corriente de salida se acentuó aún más, hasta el punto de que, a pesar de un crecimiento vegetativo positivo, en 1981 quedaban sólo unos 7.000 habitantes. A partir de entonces sí se inicia una fase de *estabilización-recuperación demográfica*, apoyada en un movimiento de retorno progresivo de los emigrantes, como evidencia la construcción de numerosas viviendas, sobre todo en el núcleo principal.

La menor presión demográfica sobre el territorio durante los años del éxodo masivo y las propias condiciones físicas del medio (orografía suave, densidad fluvial) permitieron la *modernización de numerosas explotaciones agropecuarias* y la puesta en marcha de distintos planes de concentración parcelaria y extensión del regadío, que redimensionaron el puzzle de «leiras» (reduciendo a la mitad las parcelas de mediados de siglo), favorecieron la mecanización de las faenas agrícolas (todavía los campos de labor ocupan una cuarta parte de la tierra) e incrementaron los rendimientos. Si a ello añadimos el aumento y la reconversión de las cabañas bovina y porcina, la relevancia de las superficies forestales más o menos arboladas (dos tercios de las tierras) y la potenciación de las ferias locales como canales de comercialización, comprenderemos la pujanza reciente de Arzúa como cabecera de una dinámica comarca rural, donde aún se dedican a la actividad agropecuaria más de la mitad de la población activa. Con la particularidad que, desde el punto de vista geográfico, el territorio ha salido relativamente bien parado en este proceso de reordenación, puesto que se ha conseguido un equilibrio entre campos de labor en las tierras bajas, pastizales en las laderas y superficies forestales en las tierras altas.

Paralelamente, y apoyándose en dichos recursos autóctonos, Arzúa ha comenzado a *diversificar su base económica*. La industria de sustrato local (alimentos, curtidos, maderas, materiales para edificación ...) y la construcción ocupan ya a una quinta parte de la población activa. Los servicios, mercantiles o asistenciales, han progresado simultáneamente al afianzamiento del núcleo rector como cabecera comarcal; dedicándose a ellos una cuarta parte de la población activa. Prueba de tal avance es el hecho de que los empresarios representan ya un 5% y los asalariados más de un tercio de la estructura socioprofesional. La diversificación se plasma también en la búsqueda y promoción de actividades nuevas o poco incentivadas hasta ahora (proyecto del aprovechamiento lúdico del embalse de Portodemouros, pesca, turismo rural ...).

Por otra parte, cuenta el municipio con distintos *recursos atractivos* para el viajero: diversos pazos (Brandeso, Boente, Pita da Veiga, Pumar, Remesil, Sedor ...), iglesia parroquial, capilla de la Magdalena, artesanía (guarnicionería y curtidos), gastronomía (quesos), fiestas y romerías (Festa do Queixo) y ... paisajes.

8º Monte do Gozo-Santiago de Compostela

Compostela no se puede sintetizar en unos párrafos. Ni siquiera encaja en unos parámetros cuantitativos. Los comentarios estadísticos chirrían ante la magnificencia del lugar. El paisaje percibido y sentido -especialmente tras largas jornadas de Camino- es ante todo un paisaje artístico.

Al geógrafo sorprende sobre todo la transformación, o mejor las *sucesivas transformaciones funcionales*, a que se ha visto sometida la urbe del Apóstol. Ciudad eclesiástica anteayer («Santiago reza ...»), centro universitario ayer, capital autonómica hoy ... final del Camino siempre.

En un preciso párrafo las plasma Pedro Arias (1990): «... xa non sinala o clero a pauta da representación compostelá. O bispo é un notable máis. Tampouco significanse os patriarcas do saber nas universidades autónomas das tertulias. Novos prototipos sociais da máis diversa andamiaxe poblan o Santiago de hoxe. O promotor con ribetes de mecenas, a fauna e flora da política, a intelectualidade posmoderna na procura do contrato da lexislatura, os reis e raíñas da noite estudiantil, a burguesía emerxente dos servicios, os telegaitos e todo tipo de novos mediadores, conforman o caleidoscopio que sinala as súas pautas sociais. Santiago está a espera dun Balzac local que os reflexe, que desvele unha intrahistoria absolutamente paralela a súa imaxe oficial, coa cal toda semellanza non é máis ca mera coincidencia. Podería redacta-la súa novela dende o ateneo inigualable do Café Azul».

Santiago se halla en un momento de consolidación de su papel funcional en el sistema gallego de ciudades. Sin duda, se la ha primado como *urbe de equilibrio* entre los dos subsistemas dicotómicos existentes: el del eje litoral (moderno, dinámico, abierto a relaciones externas, interconectado) y el interior (tradicional, estancado, con flujos de relación de corto radio, débil interconexión). Gracias a su emplazamiento central respecto al conjunto de la región, su rango cultural (muy apoyado en la macrocefalia universitaria), sus múltiples valores simbólicos universalmente reconocidos, su importante aeropuerto y otras razones pertenecientes a esa intrahistoria mencionada, Compostela ha ido acaparando funciones que la han convertido en una ciudad cada vez más moderna, con lo que ello tiene de positivo (generación de puestos de trabajo, nuevos accesos, diversificación de la

base productiva, apertura al exterior, equipamientos para el ocio y la cultura, etc.) y negativo (especulación, problemas de tráfico interno, infradotación de viviendas para los ya más de 100.000 habitantes, etc.).

Pero Santiago de Compostela es bastante más que todo eso. Es Patrimonio de la Humanidad, es casco histórico vivo (¡ cuán diferente del «dead heart» de la mayoría de las metrópolis !), es el Toral, el Franco, las rúas Nova y del Villar, la Quintana, la Azabachería, el Preguntoiro, el Mercado de Abastos, es todos y cada uno de los rincones de la Plaza del Obradoiro, es la Catedral, la puerta de Platerías, es San Martín Pinario, Salomé, Las Animas, Fonseca, es la Alameda y la Herradura, es el románico y el barroco, etc., etc.; es, en definitiva, uno de los paisajes monumentales más sentidos y vividos del planeta, quizás por tratarse de un paisaje tanto exterior, visible, como interior, perceptible, ... el final de un Camino.